EL PADRE NOS RECONCILIA CONSIGO

MEDIANTE EL HIJO

En el lenguaje coloquial, «rumiar» significa: «considerar despacio y pensar con reflexión y madurez algo». Es lo que propongo que hagamos hoy en esta meditación. En los retiros de este curso vamos reflexionando sobre el perdón y la reconciliación, a partir del texto de la segunda carta a los corintios: «Todo procede de Dios, que nos reconcilió consigo por medio de Cristo y nos encargó el ministerio de la reconciliación. Porque Dios mismo estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, sin pedirles cuenta de sus pecados, y ha puesto en nosotros el mensaje de la reconciliación...» (2Cor 5, 18ss) He aquí textos similares: Dios Padre «nos ha sacado del dominio de las tinieblas, y nos ha trasladado al reino del Hijo de su Amor, por cuya sangre hemos recibido la redención, el perdón de los pecados… Y por él y para él quiso reconciliar todas las cosas, las del cielo y las de la tierra, haciendo la paz por la sangre de su cruz.» (Col 1, 13-14.20; cf. Ef 2, 16) «Dios nos libera del pecado mediante la sangre de su Hijo.» (cf. Ap 1, 5)

Rumiar, en la perspectiva espiritual, permite caminar con gratitud, confianza y resiliencia, siempre y cuando dejemos de darnos vueltas a nosotros mismos. Lo importante y decisivo es contemplar lo que Dios hace por nosotros. En la oración no rumiamos una idea, mucho menos lo que yo hago o dejo de hacer. El orante dialoga con el que no cesa de buscarlo. Escucha y rumia la palabra viva de quien lo hace existir y caminar hacia su plenitud. Recordemos lo que enseña la primera carta de san Juan:

> Queridos hermanos, amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. **Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor.** ***En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Unigénito, para que vivamos por medio de él***. ***En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como víctima de propiciación por nuestros pecados***. Queridos hermanos, si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros. A Dios nadie lo ha visto nunca. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud. En esto conocemos que permanecemos en él, y él en nosotros: en que nos ha dado de su Espíritu. ***Y nosotros hemos visto y damos testimonio de que el Padre envió a su Hijo para ser Salvador del mundo***. Quien confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él, y él en Dios. Y nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él. Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él. En esto ha llegado el amor a su plenitud con nosotros: en que tengamos confianza en el día del juicio, pues como él es, así somos nosotros en este mundo. No hay temor en el amor, sino que el amor perfecto expulsa el temor, porque el temor tiene que ver con el castigo; quien teme no ha llegado a la plenitud en el amor. ***Nosotros amemos a Dios, porque él nos amó primero***. Si alguno dice: «Amo a Dios», y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve. Y hemos recibido de él este mandamiento: quien ama a Dios, ame también a su hermano. (1Jn 4, 7-21)

En esta perspectiva, y como introducción a la contemplación, me permito recordar algo muy sencillo. Para hablar bien del Señor, hay que conocerlo; para gustar y ver lo bueno que es, necesitamos vencer la pereza espiritual. El siervo del Evangelio debe, con la gracia del Señor, adentrarse en la inteligencia del misterio revelado en Jesucristo. «Sabemos que todo el que ha nacido de Dios no peca, sino que el Engendrado de Dios lo guarda, y el Maligno no llega a tocarlo. Sabemos que somos de Dios, y que el mundo entero yace en poder del Maligno. Pero sabemos que ***el Hijo de Dios ha venido y nos ha dado inteligencia para que conozcamos al Verdadero***. Nosotros estamos en el Verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el Dios verdadero y la vida eterna. Hijos míos, guardaos de los ídolos.» (1Jn 5, 18-21; cf. Jn 17, 1-4)

Para san Pablo, como para san Juan, ***la vida eterna está en conocer, vital y existencialmente***, al Dios verdadero y a su Hijo enviado en la carne (cf. Jn 17, 3). Conocimiento que el creyente realiza bajo la acción del Espíritu Santo. Escribiendo a los filipenses, el apóstol de las gentes, narra su experiencia en estos términos: «Todo lo considero pérdida comparado con la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por él lo perdí todo, y todo lo considero basura con tal de ganar a Cristo y ser hallado en él, no con una justicia mía, la de la ley, sino con la que viene de la fe de Cristo, la justicia que viene de Dios y se apoya en la fe. Todo para conocerlo a él, y la fuerza de su resurrección, y la comunión con sus padecimientos, muriendo su misma muerte, con la esperanza de llegar a la resurrección de entre los muertos.» (Flp 3, 8-11)

Conocer, en el sentido bíblico, es ***entrar en comunión de vida y destino con el Señor***. Quien se siente amado y ama busca conocer más y más al amado. No estamos en el terreno del simple afecto o deseo. El que ama de verdad encuentra alegría en compartir la vida y pruebas del amado.

La carta a los Colosenses expresa así cómo Dios nos ha reconciliado con él mediante la pascua del Hijo enviado en la carne.

> Él es imagen del Dios invisible, primogénito de toda criatura; porque en él fueron creadas todas las cosas: celestes y terrestres, visibles e invisibles. Tronos y Dominaciones, Principados y Potestades; todo fue creado por él y para él. Él es anterior a todo, y todo se mantiene en él. Él es también la cabeza del cuerpo: de la Iglesia. Él es el principio, el primogénito de entre los muertos, y así es el primero en todo. Porque en él quiso Dios que residiera toda la plenitud. ***Y por él y para él quiso reconciliar todas las cosas, las del cielo y las de la tierra, haciendo la paz por la sangre de su cruz***. Vosotros, en otro tiempo, estabais también alejados y erais enemigos por vuestros pensamientos y malas acciones; ahora en cambio, por la muerte que Cristo sufrió en su cuerpo de carne, habéis sido reconciliados para ser admitidos a su presencia santos, sin mancha y sin reproche, a condición de que permanezcáis cimentados y estables en la fe, e inamovibles en la esperanza del Evangelio que habéis escuchado: el mismo que se proclama en la creación entera bajo el cielo, del que yo, Pablo, he llegado a ser servidor. (Col 1, 15-23)

El ser amado y engendrado a la vida por Cristo, hace que los apóstoles vivan con alegría los ultrajes por su nombre (cf. Hch 5, 41-42). Pablo lo expresa en estos términos en la carta los colosenses.

> «Ahora me alegro de mis sufrimientos por vosotros: así completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, en favor de su cuerpo que es la Iglesia, de la cual Dios me ha nombrado servidor, conforme al encargo que me ha sido encomendado en orden a vosotros: llevar a plenitud la palabra de Dios, el misterio escondido desde siglos y generaciones y revelado ahora a sus santos, a quienes Dios ha querido dar a conocer cuál es la riqueza de la gloria de este misterio entre los gentiles, que es Cristo en vosotros, la esperanza de la gloria. Nosotros anunciamos a ese Cristo; amonestamos a todos, enseñamos a todos, con todos los recursos de la sabiduría, para presentarlos a todos perfectos en Cristo. Por este motivo lucho denodadamente con su fuerza, que actúa poderosamente en mí.» (1, 24-29)

El valor expiatorio del sacrificio de la Cabeza, Cristo, es único; pero su cuerpo, que es la Iglesia, es asociado a la ofrenda y obediencia del Hijo al Padre en la historia. Siervos en el Siervo, para darlo a conocer. Jesucristo asumió una carne semejante a la nuestra, débil y mortal. Con su muerte expió nuestro pecado e inauguró la nueva alianza, en la que vivimos. Mantengámonos en ella. Ha dado comienzo la era de la "esperanza", fundada en promesas mejores, que ya se cumplen. Es la paradoja de estar "cimentados y asentados" en un movimiento hacia el futuro. Anunciar el Evangelio de la salvación comporta, sin duda alguna, pruebas y trabajos vividos bajo la luz, guía y fortaleza del Espíritu de la verdad.

El conocimiento auténtico de Jesús reenvía al Padre, principio y fuente del amor y la verdad, así como al don del Espíritu prometido. El Padre es el Verdadero, la fuente de la Verdad. Jesús, la Verdad: «Yo soy la verdad». El Espíritu, el que nos conduce a la Verdad plena y nos hace testigos de ella en la historia. No dejemos de meditar, de rumiar, este saludo con que iniciamos la celebración eucarística: «La gracia del Señor Jesucristo,

el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo estén siempre con todos vosotros.» (2Cor 13, 13) Adentrarse en la inteligencia del misterio de Dios, nos permite ahondar en nuestra identidad y misión en seno de la Iglesia, «sacramento universal de salvación».

Quien carece de la inteligencia de la fe, corre el riesgo de regresar a la religión de la ley o de ciertas formas de paganismo, en las que el hombre se hace dios o crea sus propios dioses. A Jesús, en el mejor de los casos se le considera como un simple maestro moral. No nos quedemos en una simple filosofía de los valores, si queremos avanzar con alegría y libertad. No dejemos que nos invada la angustia y el vacío. El temor de Dios no ha de confundirse con el miedo a Dios. El salmista canta: «Gustad y ved qué bueno es el Señor, dichoso el que se acoge a él.» (Sal 34, 9)

En este marco, he aquí algunas pistas para la oración a partir del texto paulino que nos está sirviendo de guía, para tratar de comprender un poco el don y ministerio de la reconciliación. Las palabras del apóstol debemos acogerlas como palabra de Dios, en la fe. No quedemos cautivos de la sociología o sicología religiosa.

Cuestionado por un sector de la comunidad de Corinto, liderada por los superapóstoles, Pablo busca justificar el contenido de su Evangelio y su forma de llevar a cabo su misión. Existía una seria división y se cuestionaba el «logos de la cruz». Pablo proclama, ante todo, la fidelidad de Dios. «Fiel es Dios, el cual os llamó a la comunión con su Hijo, Jesucristo nuestro Señor.» (1Cor 1, 9ss)

A continuación el apóstol explicita las dificultades y gravedad del problema que vive la comunidad. «Hermanos, me he enterado por los de Cloe de que hay discordias entre vosotros. Y os digo esto porque cada cual anda diciendo: «Yo soy de Pablo, yo soy de Apolo, yo soy de Cefas, yo soy de Cristo», para añadir a continuación: «No me envió Cristo a bautizar, sino a anunciar el Evangelio, y no con sabiduría de palabras, para no hacer ineficaz la cruz de Cristo.» Cristo es quien ha muerto por la comunidad; y no Pablo, Apolo o Cefas. Los diferentes servidores del Evangelio de la gracia no son más que «colaboradores de Dios», «de modo que, ni el que planta es nada, ni tampoco el que riega; sino Dios, que hace crecer.» Dios, en su designio, por otra parte, elige lo que no cuenta, para llevar su obra de salvación.

En su segunda carta a los corintios, Pablo insiste en el amor de Cristo y sus consecuencias para la existencia del creyente como nueva criatura que es en Cristo. Si antes había conocido a Cristo según la carne, ahora no.

> Por tanto, sabiendo lo que es el temor del Señor, tratamos de ganar la confianza de los hombres, pues ante Dios estamos al descubierto; aunque espero estar también al descubierto ante vuestras conciencias. No estamos volviendo a recomendarnos ante vosotros; nuestro único deseo es daros motivos para gloriaros de nosotros, de modo que tengáis algo que responder a los que se glorían de apariencias y no de lo que hay en el corazón; pues si empezamos a desatinar, fue por Dios; si nos moderamos, es por vosotros. ***Porque nos apremia el amor de Cristo al considerar que, si uno murió por todos, todos murieron. Y Cristo murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para el que murió y resucitó por ellos. De modo que nosotros desde ahora no conocemos a nadie según la carne; si alguna vez conocimos a Cristo según la carne, ahora ya no lo conocemos así. Por tanto, si alguno está en Cristo es una criatura nueva. Lo viejo ha pasado, ha comenzado lo nuevo***. (2Cor 5, 11-17)

El apóstol, a continuación, proclama que todo proviene del Padre. Cristo y su amor hasta el extremo por nosotros tiene su fuente insondable e inagotable en Dios Padre.

I.- EL PADRE NOS RECONCILIÓ CONSIGO POR MEDIO DE CRISTO.

Quiero comenzar con una precisión conceptual. El término “reconciliación”, en el orden humano, comporta restaurar, recomponer una situación social, unas relaciones sociales rotas. Se trata, por tanto, de recuperar un estado previo, positivo, traumáticamente quebrantado. La reconciliación puede ser entre personas o entre

grupos sociales, pueblos y culturas. Es un proceso de superación de rupturas, distanciamientos, agravios, heridas. No es tarea fácil, pero de suma importancia, para restablecer una relación justa en la alteridad.

La reconciliación puede darse a diferentes niveles: con uno mismo, con los demás, con Dios o con lo creado. Pero de ordinario solemos movernos, instintiva e inconscientemente, en la perspectiva de la mentalidad griega, que acuñó el término reconciliación en el marco de las relaciones humanas y políticas. El inferior, ante el futuro incierto por lo acaecido, busca reconciliarse con el más fuerte. El ofensor busca reconciliarse con el ofendido, pidiendo perdón y clemencia, para congraciarse con el ofendido. Esto ya es importante y tiene un valor en sí mismo; pero esta perspectiva obscurece la originalidad de la fe apostólica.

Con frecuencia decimos que debemos reconciliarnos con Dios. Es como si la reconciliación arrancase de la iniciativa humana (se olvida, con frecuencia, que la oración, fe y conversión son gracia de Dios). El pecador, el hijo pródigo, cierto, entró dentro de sí y se dispuos a pedir perdón, arrepentido de la situación en que se encuentra por haber abandonado la casa paterna. Todo eso está muy bien. Pero se pasa por alto, con frecuencia, que el padre corre y abraza al hijo antes de que éste pida perdón. El Padre es quien recrea la relación justa con el hijo perdido y muerto. El hijo pedía ser tratado como un jornalero. El padre, recreando la relación filial justa, buscó también recrear la relación fraterna entre hermanos y con el resto de la casa.

La perspectiva del término reconciliación en san Pablo adquiere así una novedad inusitada y luminosa que es necesario contemplar, rumiar y admirar. De otra forma el misterio de la reconciliación, así como el ministerio de la reconciliación, el ministerio de la nueva alianza, tienden a desdibujarse. El sacramento de la alegría se empobrece. La conversión y reconciliación es obra de la gracia.

Antes de leer unos textos fundamentales y comentarlos brevemente, quiero recordar una sencilla afirmación de la fe apostólica. El Padre creó todo por el Verbo (Logos) eterno. Y el Padre recreó todo por el Verbo encarnado. Por el aliento divino el hombre, formado del polvo de la tierra, llegó a un ser viviente. Por el Espíritu de Cristo el hombre nuevo clama: «¡Abba, Padre!». Tengamos presente esto al escuchar y meditar los textos siguientes que nos hablan de la reconciliación.

> ***Todo procede de Dios, que nos reconcilió consigo por medio de Cristo y nos encargó el ministerio de la reconciliación***. ***Porque Dios mismo estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, sin pedirles cuenta de sus pecados, y ha puesto en nosotros el mensaje de la reconciliación***. Por eso, nosotros actuamos como enviados de Cristo, y es como si Dios mismo exhortara por medio de nosotros. ***En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios***. Al que no conocía el pecado, lo hizo pecado en favor nuestro, para que nosotros llegáramos a ser justicia de Dios en él. (2Cor 5, 18-21)
>
> Así pues, habiendo sido justificados en virtud de la fe, estamos en paz con Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo… ***Si, cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo***, ¡con cuánta más razón, estando ya reconciliados, seremos salvados por su vida! Y no solo eso, sino que también nos gloriamos en Dios, por nuestro Señor Jesucristo, por quien hemos obtenido ahora la reconciliación. (Rom 5, 1.10-11)
>
> ***Reconcilió con Dios a los dos***, uniéndolos en un solo cuerpo mediante la cruz, dando muerte, en él, a la hostilidad. Vino a anunciar la paz: paz a vosotros los de lejos, paz también a los de cerca. Así, unos y otros, podemos acercarnos al Padre por medio de él en un mismo Espíritu. (Ef 2, 16-18)
>
> ***Y por él y para él quiso reconciliar todas las cosas, las del cielo y las de la tierra, haciendo la paz por la sangre de su cruz***. Vosotros, en otro tiempo, estabais también alejados y erais enemigos por vuestros pensamientos y malas acciones; ahora en cambio, por la muerte que Cristo sufrió en su cuerpo de carne, ***habéis sido reconciliados para ser admitidos a su presencia santos***, sin mancha y sin reproche, a condición de que permanezcáis cimentados y estables en la fe, e inamovibles en la esperanza del

> Evangelio que habéis escuchado: el mismo que se proclama en la creación entera bajo el cielo, del que yo, Pablo, he llegado a ser servidor. (Col 1, 20-23)

La relación de Dios con el hombre se oscureció y quebró con el pecado del hombre. De ello ya hemos hablado abundantemente en las meditaciones anteriores. «Dios fue menospreciado por el hombre». Su Espíritu fue entristecido por la rebeldía del hombre. Ahora bien, el amor de Dios no cesó a lo largo de la historia de salir en busca del hombre, de recrear y tejer lazos de vida y comunión con él. El ofendido busca reconciliar al ofensor con él. ¡El Padre! ¡Los padres lloran cuando los hijos rechazan la reconciliación!

Pablo meditó incesantemente esta verdad. Era su experiencia y así la plasmó con claridad en sus escritos bajo la acción del Espíritu de la verdad. Dios, el ofendido, tomó la iniciativa para reconciliarse al pecador consigo. Estamos en la fuente del amor. Dios es quien recrea al hombre pecador, dando comienzo a una nueva relación. Incorpora al ofensor, a la criatura, a una vida de comunión filial con él. El Padre restablece la paz y comunión filial. Él nos eligió en su Hijo, desde antes de la creación del mundo, para que vivamos en su presencia santos, participando de su santidad, como hombres nuevos, sin mancha y sin reproche. Y reconciliándonos con él, reconciliaba a los pueblos entre sí.

La reconciliación que obra el Padre en Cristo alcanza al mundo entero. Lo hace sin pedirnos cuenta de nuestros pecados. Es la expresión máxima de la justicia de Dios. Una justicia que escandaliza a quienes nos movemos con las categorías de la mentalidad griega y romana, en lugar de adentrarnos en el misterio de la gracia divina. Por ello seguimos preguntando cómo satisfacer, cómo pagar la culpa. No terminamos de entender el sentido de la gracia del amor que se ha manifestado plenamente en la pascua del Hijo. El amor del Padre se ha revelado plenamente al darnos al Hijo como propiciación por nuestros pecados.

Cuanto uno más medita y contempla la verdad, más crece el agradecimiento y el asombro. La gracia, como bien puso de relieve el mártir del nazismo Dietrich Bonhoeffer, es tremendamente cara para Dios. Tiene un precio insuperable, un precio que no paga el ofensor, sino el ofendido. Estamos ante el misterio revelado. El designio del Padre en la eternidad, se ha revelado en el tiempo. He aquí la novedad de gracia que nos ha llegado por Cristo, la verdadera paz que Dios ofrece al mundo. Todo se ha consumado en el Cordero de Dios, que que quita el pecado del mundo[1].

Insistamos en la justicia y el precio de la gracia. San Pablo lo expresa de formas diferentes. Baste subrayar y meditar esta afirmación: «***Al que no conocía el pecado, lo hizo pecado en favor nuestro, para que nosotros llegáramos a ser justicia de Dios en él***.» Esta afirmación proclama cómo en la obediencia filial, la que Jesús aprendió entre gritos y lágrimas, nos alcanzó la salvación de Dios. «Cristo, en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, siendo escuchado por su piedad filial. Y, aun siendo Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer. Y, llevado a la consumación, se convirtió, para todos los que lo obedecen, ***en autor de salvación eterna***, proclamado por Dios sumo sacerdote según el rito de Melquisedec.» (Heb 5, 7-10)

El poder del pecado fue destruido de una vez para siempre por la obediencia filial. Él es nuestro Sacerdote, Víctima y Altar. En él y por él nuestro pecado ya no es tenido en cuenta, en la medida, claro está, que nos unimos a la obediencia del Hijo por la fe. La gracia es necesario recibirla libre y responsablemente en la fe, como el apóstol dice de manera clara. Acercarnos al Padre en el Espíritu de Cristo, supone compartir, con fe, perseverancia y decisión, la obediencia de Cristo. Aprendamos a gloriarnos en Cristo y no en nosotros. Avancemos con los ojos puestos en él, vivamos de acuerdo con la cruz de Cristo como hombres nuevos y reconciliados, superando los muros de la enemistad… etc. Se trata de cultivar la gracia, el don de Dios.

---

[1] «Pablo acentúa precisamente el significado salvífico de la muerte de Jesús situando conjuntamente las diferentes categorías interpretativas: la reconciliación, tomada del ámbito político y social; la expiación, tomada del ámbito cultual; la justificación, tomada del ámbito forense; el rescate, tomado del pensamiento del derecho de gentes.»

El Padre no se contentó con reconciliarnos con él en Cristo, sino que nos confió el ministerio de la reconciliación. La misión apostólica en el mundo consiste en ofrecer a todo ser humano de cualquier raza, pueblo, cultura o nación el Evangelio de la gracia. El reino de Dios ha sido ya sembrado en la historia. La evangelización es y debe ser la proclamación de lo que Dios ha realizado para reconciliarnos con él en su Hijo enviado en la carne. Hemos sido bautizados en el Espíritu de santidad. Explicito un poco más el sentido del ministerio de la reconciliación. Lo haré hablando del kerigma y del ministerio de la nueva alianza.

II.- EL KERIGMA APOSTÓLICO

En sus diatribas con los superapóstoles, así llamaba Pablo a los líderes que pretendían enmendar «el Evangelio de la gracia», el apóstol recuerda el kerigma que él predicaba junto con los demás apóstoles, esto es, con los que Dios había elegido para ser los testigos cualificados del Evangelio, que es fuerza de salvación para cuantos creen en él (cf. Rom 1, 16-17).

Pablo defiende que su predicación era comunicación fiel de lo que había recibido. En la carta a los Gálatas, sostiene que «su evangelio» no es de origen humano y, por tanto, nadie puede anunciar un evangelio diferente, sin faltar a la verdad. Ni él ni un ángel bajado del cielo pueden cambiarlo. Algunos parecen olvidarlo. Seamos sensatos, pero no confundamos la Tradición venida de Dios, con la tradiciones fruto de los hombres. Meditemos estos maravillosos textos paulinos.

> Os recuerdo, hermanos, el Evangelio que os anuncié y que vosotros aceptasteis, en el que además estáis fundados, y que os está salvando, si os mantenéis en la palabra que os anunciamos; de lo contrario, creísteis en vano. ***Porque yo os transmití en primer lugar, lo que también yo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras; y que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras***; y que se apareció a Cefas y más tarde a los Doce; después se apareció a más de quinientos hermanos juntos, la mayoría de los cuales vive todavía, otros han muerto; después se apareció a Santiago, más tarde a todos los apóstoles; por último, como a un aborto, se me apareció también a mí. Porque yo soy el menor de los apóstoles y no soy digno de ser llamado apóstol, porque he perseguido a la Iglesia de Dios. Pero ***por la gracia de Dios soy lo que soy***, y su gracia para conmigo no se ha frustrado en mí. Antes bien, he trabajado más que todos ellos. Aunque no he sido yo, sino la gracia de Dios conmigo. Pues bien; ***tanto yo como ellos predicamos así, y así lo creísteis vosotros***. (1Cor 15, 1-11)

> Pues se ha manifestado la gracia de Dios, que trae la salvación para todos los hombres, enseñándonos a que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, llevemos ya desde ahora una vida sobria, justa y piadosa, aguardando la dicha que esperamos y la manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro, ***Jesucristo, el cual se entregó por nosotros para rescatarnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo de su propiedad, dedicado enteramente a las buenas obras***. De esto es de lo que has de hablar. Exhorta y reprende con toda autoridad. Que nadie te menosprecie. (Tit 2, 11-15)

En Pablo habla la fe apostólica. La muerte y la resurrección de Jesús son inseparables. La Pascua es una. Todo acontece en el hoy de Dios. Es la fe apostólica. El apóstol transmite lo que a su vez recibió. Y eso es lo que cree todo el que acepta la fe cristiana. No podemos reducir y confundir la fe con una cierta religiosidad de cuño cristiano, procedente, en algunos casos, de la piedad propia de la cristiandad. En la evangelización, la catequesis y homilías, así como en la respuesta a los que nos piden razón de nuestra esperanza, estamos obligados a comunicar la fe apostólica. Cristo es nuestra pascua inmolada. Él es nuestra esperanza. Él es nuestra paz. ¡Jesucristo muerto y resucitado! Pablo no anunció más que a Jesucristo y este crucificado (cf. 1Cor 2, 1ss). Él es Señor para gloria de Dios Padre.

Pablo anuncia en primer lugar que la muerte de Jesús, acontecida según las Escrituras ha sido una muerte real. Murió y fue sepultado. La razón última y definitiva de su muerte no es otra que el amor. «Me amó y se entregó por mí». Y aquí es donde debemos detenernos en profunda actitud de adoración y agradecimiento. El Padre nos amó y nos dio a su Hijo. El Hijo sabe que el Padre lo ama. «Como el Padre me ha amado, así os he

amado yo; permaneced en mi amor.» (Jn 15, 9) Además no debemos olvidar, pues sucede con demasiada frecuencia: Jesús da su vida por nosotros, para que el mundo sepa que ama a su Padre. «Es necesario que el mundo comprenda que yo amo al Padre, y que, como el Padre me ha ordenado, así actúo. Levantaos, vámonos de aquí.» (Jn 14, 31)

El Padre, como atestigua Jesús, el Buen Pastor, lo ama porque da la vida por las ovejas que le ha confiado. «Por esto me ama el Padre, porque yo entrego mi vida para poder recuperarla. Nadie me la quita, sino que yo la entrego libremente. Tengo poder para entregarla y tengo poder para recuperarla: este mandato he recibido de mi Padre». (Jn 10, 17-18) Antes que un signo de sufrimiento, la cruz es la expresión del amor insondable de la Trinidad santa. Amor que es derramado en nuestros corazones con el don del Espíritu Santo.

Finalidad de la muerte de Jesús es rescatarnos del pecado. Él es nuestro Salvador y Redentor. *«Murió por nuestros pecados según las Escrituras.» «Se entregó por nosotros para rescatarnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo de su propiedad, dedicado enteramente a las buenas obras.*» He aquí dos expresiones que nos ayudan a comprender qué implica el hecho de ser rescatados del pecado en cumplimiento de las Escrituras. Necesitamos contemplar, para conocer, amar, anunciar.

Jesús es el Redentor. Su muerte es redentora. Su cruz es nuestra esperanza. Él nos rescata y redime del poder y dominio del pecado. Lo que somos, lo somos por gracia. Cristo nos libertó para la libertad, entregando su vida, para darnos a todos la posibilidad de caminar como criaturas nuevas, para incorporarnos a su vida.

El kerigma apostólico añade a continuación la intervención decisiva del Padre. «Y ***que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras».*** Sin la intervención del Padre, cuanto venimos meditando sería un puro delirio de la fantasía religiosa. «La muerte de Jesucristo es redentora, libra de los pecados, porque desemboca en la resurrección; de lo contrario sería un fracaso, incapaz de librar del pecado.» Contemplemos la totalidad del kerigma. La Pascua es obra de la Trinidad santa. El Padre es el que da y el Hijo enviado en la carne el que se entrega en la fuerza del Espíritu que descendió y permaneció en el Nazareno. La carta a los Hebreos nos exhorta a caminar con los ojos puestos en Jesús:

> En consecuencia: teniendo una nube tan ingente de testigos, corramos, con constancia, en la carrera que nos toca, renunciando a todo lo que nos estorba y al pecado que nos asedia, ***fijos los ojos en el que inició y completa nuestra fe, Jesús, quien, en lugar del gozo inmediato, soportó la cruz, despreciando la ignominia, y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios***. Recordad al que soportó tal oposición de los pecadores, y no os canséis ni perdáis el ánimo. Todavía no habéis llegado a la sangre en vuestra pelea contra el pecado, y habéis olvidado la exhortación paternal que os dieron: Hijo mío, no rechaces la corrección del Señor, ni te desanimes por su reprensión; porque el Señor reprende a los que ama y castiga a sus hijos preferidos. (Heb 12, 1-6)

La Pascua es la victoria del amor. En ella se nos da la posibilidad de vivir la vocación del ser humano a la libertad filial. ¡Para la libertad nos liberó el Señor! Ahora bien la libertad deja de ser tal si se impone. La salvación se ofrece a todos del modo que sólo Dios conoce, a todos se ofrece la gracia. En todos trabaja el Espíritu de santidad y verdad. Pero es necesario que la gracia sea acogida de manera libre y responsable, que nos unamos a la obediencia del Hijo, aun cuando lo ignoremos de alguna forma. Así lo recuerda el juicio de las naciones (cf. Mt 25).

En esta perspectiva notemos cómo el apóstol exhortaba a la comunidad de Corinto a la conversión: «Barred la levadura vieja para ser una masa nueva, ya que sois panes ácimos. Porque ha sido inmolada nuestra víctima pascual: Cristo. Así, pues, celebremos la Pascua, no con levadura vieja (levadura de corrupción y de maldad), sino con los panes ácimos de la sinceridad y la verdad.» (1Cor 5, 7-8) Es como si Jesús nos dijese: Vivid como personas nuevas. Vivid en el amor y desechar de vosotros el odio, el rencor y la enemistad. En la carta a los Romanos encontramos esta maravillosa exhortación de Pablo a una comunidad inmersa en

disputas por causas un tanto chocantes como era el problema de si se podía o no comer de la carne que había sido sacrificada a los ídolos de aquel tiempo.

> Dejemos, pues, de juzgarnos unos a otros; cuidad más bien de no poner tropiezo o escándalo al hermano. Sé, y estoy convencido en el Señor Jesús, que nada es impuro por sí mismo; lo es para aquel que considera que es impuro. Pero si un hermano sufre por causa de un alimento, tú no actúas ya conforme al amor: no destruyas con tu alimento a alguien por quien murió Cristo. Por tanto, que no sea objeto de reproche lo que para vosotros es un bien. Porque el reino de Dios no es comida y bebida, sino justicia, paz y alegría en el Espíritu Santo; el que sirve en esto a Cristo es grato a Dios, y acepto a los hombres. Así, pues, procuremos lo que favorece la paz y lo que contribuye a la edificación mutua. No destruyas, por causa de un alimento, la obra de Dios. (Rom 14, 13-20)

III.- EL MINISTERIO DE LA NUEVA ALIANZA

El Padre, además de reconciliar consigo a la humanidad mediante la sangre de su Hijo, confió a hombres «el ministerio de la reconciliación». El apóstol, junto con la misión de llevar el Evangelio a los pueblos de la tierra, recibe «el poder sacramental» de reconciliar al mundo con Dios. ¡Asombroso! Por ello la misión esencial del ministerio apostólico es anunciar la gracia e invitar a acoger activamente en la fe el don de Dios, que nos ofrece su perdón y gracia, sin tener en cuenta nuestros pecados. Por gracia hemos recibido el perdón, para que cultivemos la libertad del amor. Liberados en y por Cristo, para la libertad.

La reconciliación es obra de Dios. Suya es la iniciativa para hacernos partícipes de su «naturaleza divina» (los padres de la Iglesia hablan de divinización) al recrearnos en su Hijo enviado en una carne semejante a la nuestra. En Cristo hemos sido recreados como nuevas criaturas. Esta es la verdad liberadora. En esto radica el ministerio de la nueva alianza.

Pablo, saliendo al paso de los que agitaban una campaña de descrédito contra él, arrogándose el derecho de enmendar el evangelio y desacreditar el «logos de la cruz», presenta el ministerio de la nueva alianza, como el «ministerio del Espíritu», el «ministerio de la justicia». Un ministerio permanente y definitivo, de gloria sobre-eminente… etc.

> Pues si el ministerio de la muerte, grabado en letras sobre piedra, se realizó con tanta gloria que los hijos de Israel no podían fijar la vista en el rostro de Moisés, por el resplandor de su cara, pese a ser un resplandor pasajero, ¡cuánto más glorioso no será el ministerio del Espíritu! Pues si el ministerio de la condena era glorioso, ¿no será mucho más glorioso el ministerio de la justicia? Más todavía, en este aspecto, lo que era glorioso ya no lo es, comparado con esta gloria sobre-eminente. Y si lo que era pasajero tuvo su gloria, ¡cuánto más glorioso no será lo que permanece! Así pues, teniendo esta esperanza, procedemos con toda franqueza, y no como hizo Moisés, que se echaba un velo sobre la cara para evitar que los hijos de Israel contemplaran el fin de lo que era caduco. Pero tienen la mente embotada, pues hasta el día de hoy permanece aquel velo en la lectura del Antiguo Testamento, sin quitarse, porque se elimina en Cristo. Y hasta hoy, cada vez que se lee a Moisés, cae un velo sobre sus corazones; pero cuando se convierta al Señor, se quitará el velo. Ahora bien, el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, hay libertad. Mas todos nosotros, con la cara descubierta, reflejamos la gloria del Señor y nos vamos transformando en su imagen con resplandor creciente, por la acción del Espíritu del Señor. (2Cor 3, 7-18)

El ministerio de la nueva alianza, recibe el poder de perdonar los pecados, de reconciliar en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Su palabra, como sucede en el sacramento de la Eucaristía, es eficaz, pues en ella actúa realmente el Espíritu de la comunión, siempre y cuando, tanto el ministro como el receptor del sacramento actúen en la fe de la Iglesia apostólica. ¡Es el sacramento! Dios actúa mediante el ministerio de la Iglesia.

IV.- NO ECHAR EN SACO ROTO LA GRACIA DE DIOS

> Y como cooperadores suyos, os exhortamos a no echar en saco roto la gracia de Dios. Pues dice: «En el tiempo favorable te escuché, en el día de la salvación te ayudé». Pues mirad: ahora es el tiempo favorable, ahora es el día de la salvación. (2Cor 6, 1-2)

No perdamos de vista, si queremos comprender bien los textos de las cartas a los corintios y aplicarlos al momento presente, que el apóstol se dirige a una comunidad conflictiva, alborotada por los superapóstoles. Una comunidad que no termina de asumir y vivir de acuerdo con el «logos de la cruz».

La comunidad y cada uno de sus miembros (incluidos los ministros) echamos en saco roto la gracia de Dios, cuando actuamos de acuerdo con los criterios del mundo, aun cuando parezcan buenos y razonables en sí mismos. Hoy como ayer existe el riesgo de avanzar con los criterios del mundo o de una cierta religiosidad. Queremos tener el control de lo presente y lo venidero. La tentación es fuerte. Pablo invita a vivir de acuerdo con el amor de Dios, revelado en la Pascua del Hijo amado. Pensemos y vivamos como criaturas nuevas. Conozcamos realmente al Señor «en la fe» y no «según la carne».

Tengamos presente la experiencia de Saulo y Pedro. El primero, creyendo cumplir la ley y dar culto a Dios, en su docta ignorancia perseguía a Jesucristo en la comunidad de sus discípulos. Pedro, el entusiasta seguidor de Jesús, después de recibir la revelación del Padre, pretendía fijarle un camino diferente al establecido por el Padre. Lo hacía en nombre de la razón humana, con buena voluntad, según una interpretación de la cultura religiosa de su tiempo. Era una visión errónea de la misión y figura del Mesías de Dios, tal como lo habían anunciado los profetas de la alianza.

> ***Jesús se volvió y dijo a Pedro***: «¡***Ponte detrás de mí, Satanás***! ***Eres para mí piedra de tropiezo, porque tú piensas como los hombres, no como Dios***». Entonces dijo a los discípulos: «Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda por mí, la encontrará. ¿Pues de qué le servirá a un hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma? ¿O qué podrá dar para recobrarla? Porque el Hijo del hombre vendrá, con la gloria de su Padre, entre sus ángeles, y entonces pagará a cada uno según su conducta. En verdad os digo que algunos de los aquí presentes no gustarán la muerte hasta que vean al Hijo del hombre en su reino». (Mt 16, 23-28)

Pablo, a la luz de la reconciliación obrada por el Padre mediante la Pascua del Hijo, se presenta como ***cooperador que es de Dios junto con los demás ministros***. Esto es clave. Él no inventa el kerigma. La fe tiene su objetividad, es don Dios que debemos acoger con alegría, libertad y determinación. «No echemos en saco roto la gracia de Dios». Y a continuación explicita cómo vive su condición de cooperador de Dios.

> Nunca damos a nadie motivo de escándalo, para no poner en ridículo nuestro ministerio; antes bien, nos acreditamos en todo como ministros de Dios con mucha paciencia en tribulaciones, infortunios, apuros; en golpes, cárceles, motines, fatigas, noches sin dormir y días sin comer; procedemos con limpieza, ciencia, paciencia y amabilidad; con el Espíritu Santo y con amor sincero; con palabras verdaderas y la fuerza de Dios; con las armas de la justicia, a derecha e izquierda; a través de honra y afrenta, de mala y buena fama; como impostores que dicen la verdad, desconocidos, siendo conocidos de sobra, moribundos que vivimos, sentenciados nunca ajusticiados; como afligidos, pero siempre alegres, como pobres, pero que enriquecen a muchos, como necesitados, pero poseyéndolo todo. (2Cor 6, 3-10)

Los cristianos echamos en saco roto la gracia de Dios cuando buscamos caminos que no se adecuan a la Pascua del Hijo. El Padre nos ha reconciliado con él mediante la sangre de su Unigénito. La gracia del Bautismo nos sumerge en la muerte de Cristo, para hacernos partícipes de la gloria de su resurrección.

> ¿Qué diremos, pues? ¿Permanezcamos en el pecado para que abunde la gracia? De ningún modo. Los que hemos muerto al pecado, ¿cómo vamos a seguir viviendo en el pecado? ¿Es que no sabéis que cuantos

> fuimos bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados en su muerte? Por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que, lo mismo que Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva. ***Pues si hemos sido incorporados a él en una muerte como la suya, lo seremos también en una resurrección como la suya; sabiendo que nuestro hombre viejo fue crucificado con Cristo, para que fuera destruido el cuerpo de pecado, y, de este modo, nosotros dejáramos de servir al pecado; porque quien muere ha quedado libre del pecado. Si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él; pues sabemos que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más; la muerte ya no tiene dominio sobre él***. Porque quien ha muerto, ha muerto al pecado de una vez para siempre; y quien vive, vive para Dios. Lo mismo vosotros, consideraos muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús. Que el pecado no siga reinando en vuestro cuerpo mortal, sometiéndoos a sus deseos; no pongáis vuestros miembros al servicio del pecado, como instrumentos de injusticia; antes bien, ofreceos a Dios como quienes han vuelto a la vida desde la muerte, y poned vuestros miembros al servicio de Dios, como instrumentos de la justicia. Porque el pecado no ejercerá su dominio sobre vosotros: pues no estáis bajo ley, sino bajo gracia. (Rom 6, 1-14)

Para avanzar en esta dirección, aprendamos a gloriarnos en la cruz de nuestro Señor Jesucristo. No se trata de buscar sufrir por sufrir, tampoco de evitarlo a todo precio, sino de avanzar con el amor del Hijo a Dios y a los hombres. Es un combate. No tengamos miedo, aun cuando nos asalte la angustia, como la vivió también el Señor. «Con un bautismo tengo que ser bautizado, ¡y qué angustia sufro hasta que se cumpla!» (Lc 12, 50) «La puerta de la vida se abre a los que creen en el Crucificado.»

En esta perspectiva, es interesante releer un texto de Edith Stein que nos muestra el camino a seguir los que hemos sido reconciliados con el Padre mediante la cruz de Cristo.

> Cristo se sometió al yugo de la ley, guardando plenamente la ley y muriendo por la ley y por medio de la ley. Liberó, por ello, a los que desean recibir la vida. Pero no la pueden recibir, salvo que ellos mismos ofrezcan la suya propia. Porque los que han sido bautizados en Cristo Jesús, en su muerte han sido bautizados. Son sumergidos en su vida para devenir miembros de su cuerpo y padecer y morir con él, como miembros suyos. Esta vida vendrá abundantemente en el día glorioso, pero ya ahora, mientras vivimos en la carne, participamos de ella, si creemos que Cristo ha muerto por nosotros para darnos la vida. Con esta fe nos unimos con él como los miembros se unen con su cabeza; esta fe nos abre a la fuente de su vida. Por eso, la fe en el Crucificado, es decir, esa fe viva que lleva aparejada un amor entregado, viene a ser para nosotros puerta de la vida y comienzo de la gloria; de ahí que la Cruz constituya nuestra gloria: Fuera de mí gloriarme en otra cosa que no sea la Cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo. Quien elige a Cristo ha muerto para el mundo y el mundo para él. Lleva en su cuerpo los estigmas de Cristo, se ve rodeado de flaquezas y despreciado por los hombres, pero, por este mismo motivo, se halla robusto y vigoroso, ya que la fuerza de Dios resplandece en la debilidad. Con este conocimiento, el discípulo de Jesús no solo acoge la cruz sobre sus espaldas, sino que él mismo se crucifica en ella. Los que son de Jesucristo han crucificado la carne con sus vicios y concupiscencias. Lucharon un duro combate contra su naturaleza a fin de que la vida del pecado muriese en ellos y poder así dar amplia cabida a la vida en el Espíritu. Para esta pelea se precisa una singular fortaleza. Pero la Cruz no es el fin; la Cruz es la exaltación y mostrará el cielo. La Cruz no sólo es signo, sino también invicta armadura de Cristo: báculo de pastor con el que el divino David se enfrenta contra el malvado Goliat; báculo con el que Cristo golpea enérgicamente la puerta del cielo y la abre. Cuando se cumplan todas estas cosas, la luz divina se difundirá y colmará a cuantos siguen al Crucificado. (Del libro "La Ciencia de la Cruz" de Santa Teresa Benedicta de la Cruz (Edith Stein).

V.- ORIENTACIONES

Quien rumia en la oración cotidiana la verdad que todo procede del Padre, que nos ha reconciliado con él, mediante la Pascua de su Unigénito, avanzará en la existencia con gozosa esperanza, tanto en el éxito como

en la prueba, tanto si somos valorados como si somos rechazados a causa de Jesucristo. Por ello es importante interrogarse si caminamos a la luz de la cruz del Resucitado. He aquí unas sucintas orientaciones.

1.- Sí a la gracia, no al voluntarismo.

El que rumia con constancia el hecho de que todo procede del Padre, vive la existencia con la conciencia de ser criatura de la gracia divina. Su existencia estará transida por la acción de gracias en medio de las debilidades y fragilidades, incluso en medio de sus faltas y pecados. «¡Feliz la culpa que nos ha merecido un Redentor tan Grande!» Así canta la Iglesia en la Vigilia pascual.

Como criatura de la gracia, el creyente no deja de gloriarse en su debilidad. No vive su existencia desde el voluntarismo o la pretensión de quien dice estar pronto para dar la vida por el Señor. ¡Recuerda lo que le sucedió a Pedro! Luego dijo con humildad: «Tú sabes, Señor, que te quiero». Pablo, consciente de la contradicción que hombre arrastra siempre en lo concreto de la existencia, daba gracias en estos términos: «¡Desgraciado de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? ¡Gracias a Dios, por Jesucristo nuestro Señor! Así pues, yo mismo sirvo con la razón a la ley de Dios y con la carne a la ley del pecado.» (Rom 7, 24-25) El voluntarista, consciente o inconscientemente, olvida que no es él quien construye una casa a Dios, sino que la verdad es lo contrario. (Recordemos la historia de David)

Quien toma conciencia de caminar con Jesús hacia Jerusalén, como los apóstoles, pronto descubre que el camino supera sus fuerzas. Entonces se presentan ante él tres posibilidades: el abandono, la angustia o la oración de la fe. Los apóstoles nos recuerdan el camino de la oración humilde. «Los apóstoles dijeron al Señor: «Auméntanos la fe». Él respondió: «Si tuvierais fe como un granito de mostaza, diríais a esa morera: "Arráncate de raíz y plántate en el mar", y os obedecería.» (Lc 17, 5-6)

Vivir de la gracia es entregarse, como María, «la llena de gracia», a la palabra divina que tiene poder de hacer lo que anuncia. «Nada hay imposible para Dios». La fe exige de dejarse hacer por la Palabra.

En esta misma perspectiva puede ayudarnos meditar el encuentro de Jesús con el padre del hijo poseído por un espíritu inmundo. Los discípulos no han podido curar a su hijo. Llega Jesús y el padre le dice: «Si algo puedes, ten compasión de nosotros y ayúdanos». Jesús replicó: «¿Si puedo? Todo es posible al que tiene fe». Entonces el padre del muchacho se puso a gritar: «Creo, pero ayuda mi falta de fe». (Mc 9, 22-24) También nosotros estamos llamados a hacer nuestra la oración de la fe, conscientes de que todo procede del Padre. La fe actúa por el amor. No es lo mismo el voluntarismo. En el amor nos entregamos al poder de Dios. En el voluntarismo buscamos afirmarnos ante Dios, ante nosotros mismos y ante los demás. Estamos ante una llamada a vivir una verdadera conversión del corazón.

2.- Vivir en la dinámica del sacrificio eucarístico.

En el banquete eucarístico, además de comer el cuerpo de Cristo y beber su sangre, somos invitados a ser lo que tomamos. Oramos para ser en Cristo víctima agradable a Dios. En la cuarta plegaria eucarística, la Iglesia ora el Padre haciendo memoria de la Pascua de Cristo, para concluir con esta invocación: «Dirige tu mirada sobre esta Víctima que tú mismo has preparado a tu Iglesia, y concede a cuantos compartimos este pan y este cáliz, que, congregados en un solo cuerpo por el Espíritu Santo, seamos en Cristo víctima viva para alabanza de tu gloria.» Todo el que celebra la Eucaristía, puede y debe participar en el sacrificio del Hijo enviado en la carne. No es sólo por el hacer que alabamos a Dios. Lo hacemos en cualquier estado de vida, salud y edad, siempre y cuando nos ofrecemos al Padre en Cristo para la vida del mundo. La participación en el sacerdocio de Cristo siempre es posible.

La dimensión sacrificial del sacerdocio de Cristo, tal como enseña la carta a los Hebreos, debe esta siempre ante nosotros. En efecto, Cristo «se ha manifestado una sola vez, al final de los tiempos, para destruir el pecado con el sacrificio de sí mismo.» (Heb 9, 26) Participar en el sacerdocio de Cristo es hacerse víctima en

él y con él, para glorificar al Padre que nos reconcilia consigo. ¿Estamos dispuestos a vivir esta verdad de nuestro carisma? Entonces toda nuestra existencia se convertirá en eucaristía, esto es, en acción de gracias, al sufrir en y con Cristo. En esta perspectiva, siempre me llamó la atención, un texto de los Hechos de los Apóstoles. El autor expresa la reacción de los apóstoles ante los ultrajes recibidos: «Habiendo llamado a los apóstoles, los azotaron, les prohibieron hablar en nombre de Jesús, y los soltaron. Ellos, pues, salieron del Sanedrín contentos de haber merecido aquel ultraje por el Nombre. Ningún día dejaban de enseñar, en el templo y por las casas, anunciando la buena noticia acerca del Mesías Jesús. (Hch 5, 40-42)

Hoy, es mi opinión, estamos muy necesitados de recuperar el sentido del sacrificio eucarístico. En medio de nuestras búsquedas y discusiones, tenemos el riesgo de quedarnos en la superficie. ¡Vivamos de acuerdo con lo que celebramos! Es la condición para ser lo que celebramos sacramentalmente.

3.- Vivencia del ministerio de la reconciliación.

Como siervos y siervas del Señor estamos llamados a vivir en la Iglesia y con la Iglesia el ministerio de la reconciliación. Es la condición para no echar en saco roto la gracia luminosa de Dios. Para ello es preciso aprender a cultivar el don de Dios, como recordó Benedicto XVI. Con nuestras vidas y palabras estamos llamados a ofrecer, en todo momento y lugar, la reconciliación en el amor y la verdad. Quiero insistir en este punto. El Hijo vino a ofrecer el perdón y reconciliación del Padre, a llevarlo a cabo en su sangre. No obstante no todos acogieron la gracia. Lloró y se lamentó ante la ciudad impenitente, pero no se hizo atrás. Fue hasta el final, entregando su vida en la cruz, de acuerdo con el designio del Padre, la salvación de la humanidad.

Este ministerio de la reconciliación en el mundo y en la Iglesia abarca toda la existencia. Reconciliación de nuestras comunidades y familias. Reconciliación de los pueblos y culturas. Reconciliación con el cosmos. Pero no debemos olvidar que esto supone el anuncio y acogida de la verdad que nos hace libres del pecado. Cristo es nuestra paz. De los dos pueblos hizo un hombre nuevo en él. «Así, unos y otros, podemos acercarnos al Padre por medio de él en un mismo Espíritu.» (Ef 2, 18) Hagamos resonar, una vez más, la palabra del apóstol: «Y como cooperadores suyos, os exhortamos a no echar en saco roto la gracia de Dios. Pues dice: «En el tiempo favorable te escuché, en el día de la salvación te ayudé». Pues mirad: ahora es el tiempo favorable, ahora es el día de la salvación.» (2Cor 6, 1-2)